

BOLETIN ECLESIASTICO

DEL ARZOBISPADO

DE TOLEDO.

PARTE NO OFICIAL.

CONFERENCIAS PREDICADAS EN NUESTRA SEÑORA DE PARIS, POR EL REVERENDO PADRE FELIX, JESUITA.

Continuacion.

Conferencia IV.

EL CRISTIANISMO Y LOS ERRORES SOBRE LAS RIQUEZAS.

Ah! señores; esas generaciones que Cristo ha producido, acaso no las habeis contado. ¡Generacion admirable, para la cual el dar ha sido preferible al recibir; para la cual sufrir vale más que gozar; para la cual el vivir para los otros es preferible á vivir para sí mismos; para la cual el morir, el morir señores, es preferible á vivir, cuando puede hacerse que de la muerte surja el germen que produzca la felicidad de los otros! Esos hombres, esas mugeres, esos niños, esos ancianos, esas vírgenes, esos monges, esos ricos, esos pobres, esos príncipes y esos artesanos, no los habeis contado. No, no podriais contar esas almas de que Jesucristo ha sembrado el firmamento de su Iglesia, como ha sembrado de estrellas el firmamento del Cielo. Pero; no podemos admirarlas? Ah si, vosotros y yo podemos saludarlas con nuestra simpática admiracion *O quam*

pulchra, casta generatio! cuan bella en el número de los siglos, esa generacion de santos! qué hermosa en la gloria de sus abnegaciones, en la aureola de sus sacrificios *quam pulchra!* Cuando está ausente produce llantos que hacen conocer muy bien el vacio que deja, y cuando está presente, escita á una imitacion fecunda que atrae la bendicion de los pobres y de los desgraciados. Santo Domingo, S. Francisco y S. Vicente de Paul, siembran á su alrededor generaciones que perpetúan é imitan todos sus sacrificios y abnegaciones. ¡Oh cuán hermosa es esta generacion! Tiene en su frente la señal de los mas bellos triunfos, tiene las palmas de la caridad, del sacrificio y de la fraternidad, *in perpetuum coronata.*

Pues bien; ved el remedio de todas nuestras desgracias, á saber: el de aumentar las filas de esas generaciones llenas de abnegacion. Si, si, señores, marchemos con ellas bajo la ley de la expansion por el ancho camino de la fraternidad.

Señores: llenaos de abnegacion, conoced el soberano bien de dar, y gozareis ya en este mundo de alegrías, que no tienen otras superiores que las del paraíso donde encontrareis vuestra corona.

Conferencia V.

LA RIQUEZA Y LA POBREZA.

El tan difícil problema de la riqueza-

za, digimos que no tiene solucion material y puramente científica, porque la naturaleza humana, la historia y la tierra misma desde el fondo de sus entrañas, nos dicen que el desconocido buscado por el siglo es un imposible.

No, señores, aun cuando el cristianismo y la economía lleguen á darse la mano, lo que yo creo inevitable, no harán mentir la profecía del Salvador: siempre habrá pobres. Pues aun para aquellos á quienes la solucion material, aun la mas feliz no pueda arrancar de la pobreza, es preciso una solucion que yo llamo moral. ¿Cuál es esta solucion, señores? aquí la teneis; hacer en la pobreza y en la riqueza una transformacion tal que el pobre encuentre en una riqueza superior una compensacion á su inferioridad material; de suerte, que los desheredados de la materia puedan todavia no creerse desheredados de la felicidad. Ahí teneis, señores, la verdadera solucion, lo que yo llamo espontáneamente la gran solucion que será objeto de esta conferencia. Solo Jesucristo tiene el secreto verdaderamente divino de darnos esta solucion.

Si, señores, independientemente de la dificultad material que encierra el problema de la riqueza, hay en este problema una dificultad moral mucho mas profunda y para la que la solucion es mas difícil. ¿Por qué, señores? Porque independientemente de nuestras necesidades materiales, hay en el pobre una necesidad mas profunda, y á causa de esta necesidad, un sufrimiento mucho mayor, y que nada humano puede curarle de este sufrimiento.

Y en primer lugar es preciso, señores, que tengamos entendido que la necesidad material está lejos de ser la mayor necesidad de nuestra humanidad. El hombre para su cuerpo necesita del pan y la privacion del pan es para él un sufrimiento físico; el hombre para su alma necesita de dignidad y de grandeza, y la privacion de esta posesion es para él un sufrimiento mucho mayor. Sepámoslo bien, esa ne-

cesidad de estimacion que nosotros experimentamos, la siente tambien el pobre bajo de sus harapos, que parecen insultar á su cuerpo; y aun la siente tanto mas cuanto que no sintiendo en sí mismo la consideracion que proviene de las cosas materiales se adhiere á esa estimacion, á esa necesidad de respeto comun, como un náufrago se adhiere á todo lo que no se le huye. Esperimenta cuando siente, que sobre la tierra donde ha tenido su cuna no hay ni siquiera un sólo punto donde pueda decir: esto es mio; experimenta la necesidad de lanzarse con sus deseos á las regiones de los espíritus y al mundo de las almas. Corre buscando por todas partes si hay en algun punto un alma que le conceda su estimacion, un corazon que le dé un poco de amor y un semblante donde resplandezca la dignidad que pueda concederle la limosna de unas de sus miradas.

Pues bien, hermanos míos, ¿hay algo que satisfaga esta necesidad en el orden humano? ¿Ah! señores, el hombre que permanece en el imperio de la naturaleza, el hombre que no es transfigurado por Jesucristo, no tiene sino desprecio para el pobre. Esto, nosotros los cristianos, casi no podemos comprenderlo, porque hemos aprendido á respetar al pobre. Pero señores, ahí está la realidad de la historia ahí está la realidad del presente tambien. Si; yo apelo á toda la antigüedad pagana. La antigüedad pagana, por buena que haya podido ser, no ha llegado jamás á encontrar un poco de estimacion para el pobre; la antigüedad pagana, señores, destrozaba al pobre bajo la influencia de dos despotismos á la vez: el despotismo del orgullo y el despotismo de su egoismo. La humanidad, señores, tiene horror á la pobreza. Yo apelo á este mismo siglo. Ese estenso movimiento que nos impulsa hacia la riqueza, ¿qué es; yo os pregunto, señores, sino yo no sé qué frenético esfuerzo para arrancarnos por medio de la riqueza el oprobio de la pobreza? Tememos parecer pobres,

y el lujo con que cubren ciertas pobresas su miseria, no es otra cosa que un signo fragante con el cual ciertos hombres parecen decir á los que les ven pasar: Sabed que el que todavía puede llevar tal vestido, no puede llamarse pobre. Hay pocas cabezas que sean bastante fuertes para dominar aquí esta preocupacion humana; y aun cuando por nuestro poder personal pudiéramos sobreponernos al error humano, no podemos ignorar que el siglo adora la riqueza, y que esta adoracion de la riqueza se traduce siempre mas ó menos en oprobio de la pobreza.

Más, señores, yo podria apelar á vosotros mismos, aun siendo como sois cristianos. Preguntaos á vosotros. Si en este momento viniese una repentina miseria á apoderarse de vosotros, y si la Providencia os condenara á pasar cubiertos de harapos por delante de las miradas que antes os vieron llenos de esplendor, oh! señores, bajo de esos harapos que parecian insultar á vuestro cuerpo, creeriais que caian sobre vosotros desprecios que insultaban vuestra alma. Y lo que encontramos aquí en el alto lo encontraremos en el medio, y lo encontraremos tambien en lo bajo. El pobremismo nunca mira por cima de él sin dejar caer sobre el que cree mas pequeño el desprecio que recibe ó que cree recibir del que es mas grande.

Pues bien, señores, ¿teneis un remedio para esto? ¿tiene la ciencia una solucion para esta dificultad? No, no, no tiene remedio para ello. Juzgad por vosotros mismos, ¿No creéis, que para salvar esta dificultad, para constituir en dignidad al pobre, hay absolutamente que cambiar á sus ojos la idea de la pobreza? Si permanecéis en el orden de cosas tales como existen, si la idea de riqueza ó de pobreza no cambia, no podeis quitar al pobre ese sufrimiento que le roe el corazon. Ya permanezcáis en el orden puramente humano, en el orden material, en vano diria el pobre al rico: pero hermano mio, yo no comprendo esa particion: mi naturaleza

vale tanto como la tuya, mi soberanía como tu soberanía ¿por qué pues encuentras deshonra en mi y desprecio solamente? Señores, si el rico no mira mas arriba que este mundo ¿qué responderá? vanamente, hermano mio, quíeres ser tan grande como yo. Mira, vé mi parte de materia, dime ¿la tuya dónde está? yo tengo mucho oro y tú no tienes nada; y por esta riqueza los hombres me conceden honores y porque tú nada tienes, los hombres te olvidan y los hay que te envian el desprecio. Es una desgracia pero hay que resignarse á ella, nada cambiarás de las ideas humanas. Señores, humanamente hablando no se vé lo que podria responderse. Pues bien, ¿hace algo el siglo para la trasformacion de estas ideas? ¿Qué hacen los sábios del tiempo? Ah, señores, yo he escuchado no se que elocuencia evocada de los Gracos que decia al pobre mirando al rico: «Ya veis sus riquezas: estan compuestas de todas tus miserias, pero esto no basta: tus honores estan compuestos de tus oprobios; te desprecian.» Señores, esto se llama irritar á los hombres, esto se llama hacer mayores las llagas de la humanidad; pero esto no es curable.

Hemos dicho que el progreso de la ciencia, el éxito de la ciencia sensualista, habia desarrollado la pobreza paralelamente á la riqueza. Pues bien, lo mas notable todavia es que paralelamente al progreso de la pobreza ha obrado el progreso de los desprecios que van unidos al pobre. ¿Me pedís pruebas? Todas las voces del siglo os las dan. ¿Qué se hace de doscientos años á esta parte en ciertas regiones de la ciencia? Se trabaja precisamente en desheredar al pueblo de su dignidad y de su grandeza. ¿No hace un siglo, que una filosofia se ha dedicado á arrancar al pueblo lo que constituye vuestra voluntad y la mia, vuestra riqueza y la mia, á Jesucristo Salvador de los hombres? Se ha querido enseñar al pueblo que podia pasar sin Jesucristo, y por este medio no se apercibia de que al tiempo mis-

mo que se le escapaba la materia, se le arrancaba tambien la única herencia que se le hubo jamas dado en el mundo, de honor, de veneracion y de respeto. El pueblo ha comprendido tambien que mientras que al tiempo mismo en que se le nuia la materia, el respeto hacia él se le iba tambien, y en la inteligencia de las dos miserias que se bajaban sobre él, y á la vista simultánea de dos tiranías que parecian darse la mano para destruirle, ha conocido tambien desgracias y se ha dicho: ahora lo sé, la incredulidad y la ciencia como dos falsas profecias me engañan con sus oráculos, desventurados, todo me lo han quitado, me han quitado la materia y me quitan la gracia de Jesucristo que me dá la amistad y la estimacion de mis hermanos. Y en este vacio y en estas tinieblas, en que conozco que me voy sumergiendo mas y mas, me ahogan dos miserias. Oh, Providencia! no, no, tú no has querido este repartimiento. Ah! puesto que nadie viene en mi auxilio, pues que nadie me trae la riqueza de la tierra ni la riqueza del cielo, enhorabuena: yo me considero fuerte, alargaré mi brazo e iré á cogerlas... y desgraciados de los vencidos.

Señores, ¿humanamente qué se puede responder? vosotros lo ignorais y yo mismo lo ignoro. Y si nada tenemos que decir, tendremos, despues de la tempestad de ayer, que resignarnos á la tempestad de mañana. Pero no, señores, no habrá vencidos, porque no habrá guerra, si nos sabemos comprender á nosotros mismos, y sobre todo, si sabemos hacer descender al corazon de las masas el secreto divino de Jesucristo, que voy á revelaros en una segunda reflexion.

Deciamos no ha mucho que al mirarle con el pobre á la luz de las ideas puramente humanas, el rico dirigia al pobre un discurso á que este nada tenia que responder. Pero, señores, si el pobre pudiera decir al rico: «es verdad; tu parte de materia es mas grande que la mia, y con este titulo tienes tam-

bien una parte mayor á la estimacion y á la consideracion que los hombres conceden á ella; mas sabe que la materia no es toda la realidad, sabe que sobre este mundo hay otro mundo en el que yo poseo un oro mas puro que tu oro, una riqueza mas pura que tu riqueza, y una grandeza que escede á tu grandeza.» Si el pobre puede dar esta respuesta, ya comprendereis que desde entonces puede quedar restablecido el equilibrio, y que el pobre aun en este mundo puede encontrar una compensacion inmensa que le haga aceptar la pobreza. Pues bien, esta transformacion se obra por si misma en la doctrina del cristianismo, y vais á oír este misterio si quereis seguirme un instante á la cúspide de esta doctrina, desde donde el cristianismo descubre un nuevo mundo, en donde manifiesta á la riqueza y á la pobreza transfiguradas á la luz que descende del semblante de Jesucristo.

Cuando hubo sonado la hora en que Dios debia obrar la restauracion del mundo sobrenatural, miró desde el Cielo á la tierra y vió entonces como hoy precipitarse el mundo á la riqueza y por la riqueza á la voluptuosidad, al orgullo, á los desastres. Y Dios dijo: voy á reaccionar contra esa tendencia de los hombres, voy á cambiar el movimiento del mundo. Yo, creador de todas las cosas, yo autor de todas las riquezas voy á aparecer sobre la tierra despojado absolutamente de todas las cosas criadas, y en medio de este despojo, haré nacer un nuevo mundo, haré que descienda de mí una gerarquía nueva, y en ese mundo y en esa gerarquía, el primer título para ser grande, será el ser pequeño, el primer título para poseer mucho será no tener nada. Y Dios dice, señores: *fiat*, hágase así, y así quedó hecho *et Verbum caro factum est* y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros. Y de repente se dejó oír una palabra extraordinaria: ¡Emmanuel! Dios está con nosotros! Dios se ha dejado caer sobre la tierra: ¿dónde está? ¿quién lo ha visto caer? Vamos, va-

mos á Belen allí donde no hay nada de riqueza; vamos á adorarle en el último grado de la humanidad y aun mas bajo todavía. Y la humanidad ha venido y ha reconocido á Dios: Ved á Dios, ved á Dios en un establo; ved á Dios sobre la paja. Ved á Dios pobre, el que tiene todas las cosas y no tiene nada: *ecce misterium dico!* Ved al autor de toda la riqueza en absoluto despojo de toda riqueza y como tal convirtiéndose en autor de la gracia. Misterio de su nacimiento, misterio de su vida, misterio de su muerte, misterio de su muerte sobre todo. Si, sobre esa cruz en que va á hacer la gran consumación, va á desposeerse, y en su despojo absoluto va á desposarse para siempre con la divina pobreza. Y desde esta cruz es de donde va á tomaros y atraeros hacia él, desde ahí va á colocarse como el sentimiento de este nuevo mundo donde los primeros serán los últimos, y donde los últimos serán los primeros.

Vedle en efecto, señores como cumple ese gran designio. Atrae hacia él á la humanidad, desenvuelve en el mundo una gerarquía donde la grandeza crece en proporción del rebajamiento, y donde la riqueza crece en proporción del despojo. Y por lo tanto observad; ¿qué hace para fundar su obra por toda la tierra? Busca á los hombres mas formados á su imagen, y va á decir á esos hombres: Id por todo el universo y dadlo todo á la tierra, y teniendo vocación de darlo todo, es menester que no tengais nada. Los apóstoles serán todos pobres, y el primer rey de esta ilustre dinastía será un pobre que la sostendrá con su pobreza misma; S. Pedro, el primero de esta dinastía ilustre, donde se verá á los obreros pasar desde el taller para subir al primer trono del universo, donde la pobreza no será jamás esolusion, y donde la riqueza jamás será un título, y donde bajo el lustre de las grandezas humanas que traerá necesariamente el contacto con las grandezas é ilustraciones de la tier-

ra, el deseo de la pobreza, el espíritu de pobreza será siempre el primer título de esta nobleza que Jesucristo se forma; de esta aristocracia de que se rodea; la nobleza de los indigentes, la aristocracia de los hombres que nada tienen.

Ved, señores, el gran designio de Jesucristo. ¿Podia hacer mas? Si, señores; observad la última palabra de esa grande obra maestra en que apareció la transfiguración de la pobreza. No se contentó Jesucristo con enriquecer al pobre en el grado en que se acerque á él; ha querido cubrirle tambien con su magestad, con la investidura de sus derechos. Ha dicho: el pobre soy yo mismo! Lo que hagais por unos de esos pequeños, á mi mismo lo habreis hecho. ¡Espresion admirable! Y ved que yo escucho en la otra estremidad de los tiempos, en el tribunal de la eternidad, en ese gran tribunal donde la riqueza y la pobreza pesarán con su verdadero peso, y donde será dicha la última palabra de toda cosa; véase que le oigo decir esta palabra como la última palabra: venid venid, benditos; he sido pobre y me habeis socorrido, fui desnudo en la tierra y me vestisteis, estuve enfermo y me visitasteis. Y cuando digan: ¿pero como, Señor, donde os hemos visto, ó donde os hemos visitado? Ah! dirá, aquel pobre que socorristeis era yo: aquel desnudo que vestisteis era yo; aquel enfermo que visitasteis era yo; yo deudor vuestro en la tierra y el que ahora quiere ser en la eternidad vuestra recompensa.

Señores, ved algunos rasgos de la doctrina católica, la gran transfiguración de la pobreza. Y vosotros creéis en esta transfiguración. Dichoso el hombre que la ha visto, dichoso sobre todo el pueblo que era transfiguración del pobre, Ah! ese pueblo no perecerá; Dios vendrá en su auxilio en sus dias aciagos.

Señores, nosotros estamos en esos aciagos dias en que la inteligencia de la pobreza y de la riqueza nos amenaza con

grandes desastres. En esta transfiguración hecha á la luz de Jesucristo, se verá formarse la armonía. Y en efecto, señores, si me seguís todavía por algunos instantes, vereis que el secreto de la doctrina católica nos explica el secreto de la armonía social, el dulce misterio de la fraternidad que quereis saber.

Convendreis, en primer lugar, en que una de las mayores dificultades de estos tiempos es por un lado el desprecio que tienen los grandes hácia los pequeños, y del otro la envidia de los pequeños á los grandes. La inteligencia de esta doctrina, por una y otra parte hace venir á tierra por un lado el desprecio y por el otro la envidia, produciendo entre el rico y el pobre una reciprocidad de estimacion y de respeto. Y en primer lugar cae el desprecio ante esta gran doctrina. El rico que ha visto al pobre en la aureola de Jesucristo, se considera soberanamente impotente de despreciarle. Dice: el pobre es mi hermano; dice mas todavía: «el pobre es Jesucristo mismo,» porque ha visto á través de sus harapos, ha entrevisto al través como un rasgo del semblante del Salvador. Para el cristiano que tiene tal inteligencia de la pobreza, despreciar al pobre; señores, no es solamente una injusticia; no es solamente un crimen, un atentado, es un sacrilegio! Y mientras que por un lado cae el desprecio, cae también por el otro la envidia. La envidia, esa horrible enfermedad que roe el corazón de todas las muchedumbres pobres que no conocen á Jesucristo; la envidia, señores, siempre dispuesta desde hace seis mil años, ha de producir fratricidios; la envidia huye ante la luz del Calvario como huyen los monstruos de la noche al aparecer el sol. ¿Para qué ser envidiosos cuando no hay inferioridad? El pobre que vió la luz de Jesucristo no se cree inferior. Respetar una superioridad mas efectiva; pero mira en él una superioridad efectiva también. Puede decir á su hermano: soy de una aristocracia mas apreciada, mas palpable; yo soy de

una aristocracia mas alta; soy pobre y estoy mas cerca de Jesucristo. Y como esta grandeza es para él enteramente gratuita, el pobre puede reconocerla en sí sin engrandecer su medida, y puede también eludir la envidia sin caer en el orgullo.

Mas separaos de aquí, señores; salid del cristianismo; y con la envidia en el pobre mirad lo que encontrareis: ó bien un orgullo que se levanta; ó bien una abyeccion que se baja, ó es altanero ó es vil. El pobre que conoce á Jesucristo no se levanta, no se rebaja, tampoco permanece lo que es: es grande. Pero hay otro mal entre las dos fracciones de la sociedad: los odios engendrados precisamente por el desprecio y la envidia. Pues, bien, señores, ¿como podrán aquí tener lugar los odios? No, no tienen lugar, se huyen con la envidia y el desprecio que los habian traído. Cuando el grande cuyo corazón está apasionado por Jesucristo ha visto al pobre el semblante del pobre, y en el semblante del pobre un rasgo como escapado del semblante de Jesucristo ¿pareceos señores, que es posible el odio? Oh! no: el rico ama al pobre con todo el amor con que Jesucristo ha apasionado su corazón: ese es el gran triunfo del amor de Jesucristo! Hace diez y ocho siglos, señores, que nuestro divino maestro ha cumplido este prodigio. Se dirige á todos los grados de la gerarquía social á buscar corazones; y nos llena de su amor, y nos apasiona hacia él mismo, hacia él exclusivamente; y cuando ha quedado así apasionado el corazón del grande y encuentra á su paso al pobre de quien Jesucristo ha dicho: «el pobre soy yo» entonces, señores, comprendo el fenómeno no solamente inaudito, sino imposible fuera del cristianismo: el rico, teniendo hacia el pobre una ternura verdaderamente simpática; comprendo ese amor que hace tomar al pobre con brazos fraternales. ¿El pobre, señores, puede devolver al rico, un amor semejante? Oh! sino conoce todavía á Jesu-

cristo, no podrá comprender este misterio; ¿pero podrá no comprender el beneficio? Y si conoce ya á Jesucristo, ¿no os parece que necesitará amar dos veces en el rico á ese Dios que le envia pór su medio no solamente la estimacion y el respeto sino lo que es mas dulce todavia que esas dos cosas, la ternura y el amor? De esto, señores, el fenómeno humano que tantas veces se ha visto realizado en nuestras edades de fé: poblaciones de pobres unidas á los ricos, no por medio de cadenas de oro con que jamás se enlazan los corazones, sino por esas cadenas de amor y fraternal ternura en que el corazon de los ricos y el corazon de los pobres se enlazan juntos alrededor del Jesucristo.

En fin, señores, y esta es la reciprocidad de la estimacion y la reciprocidad del amor: la doctrina católica produce la reciprocidad de los misterios y con ello constituye la fraternidad entre las almas. Esto no es estraño: ¿cuando se estima y cuando se ama cuesta trabajo en descender y servir á su hermano? pero lo que explica sobre todo la reciprocidad de los ministerios es esto: que en la luz de la fé, percibimos de cada lado funciones y dependencias que se corresponden. El rico en el pensamiento cristiano, ejerce una funcion con relacion al pobre; es el primero en la gerarquía de la naturaleza y debe por lo tanto derramar todo lo posible sobre los pequeños los tesoros que Jesucristo le da. El pobre por su parte tiene una funcion con relacion al rico y debe derramar sobre él lo mas que pueda el tesoro de gracia que Jesucristo le concede para enriquecer al rico mismo. De suerte que en estas dos gerarquías, donde todo se encadena admirablemente, cada uno tiene á la vez el deber de dar y la obligacion de recibir; y la grandeza consiste sobre todo en depender y servir mas. ¡Admirable armonía, señores, donde Jesucristo reuniendo en la unidad las estremidades mas lejanas, refunde en profundas concordias los que

parecen antagonismos mas irreconciliables! ¡Plan verdaderamente divino en que se ven los dos grandes rios de la riqueza, ambos escapados de las profundidades divinas, descender de grado en grado hasta los seres mas pequeños para enriquecer á todos en que las dos humanidades se encuentran de un extremo á otro del mundo para servirse, para abrazarse como dos seres que Dios ha dispuesto el uno para el otro. Ah! señores, que magnifico es esto! Y cuando se ha comprendido y aun cuando no hubiera otras razones, ¿seria posible sentir en el corazon una repulsion hacia el cristianismo que forme entre nosotros esta armonía?

Señores, os dejo estos dos pensamientos que serán como el coronamiento de todo lo que acabo de decir. La accion cristiana entre el rico y el pobre se reduce á estas dos cosas: á impulsar al rico á que derrame sobre el pobre la mayor parte que pueda de sus tesoros, y por esto á disminuir en todo lo que pueda los sufrimientos del pobre, y el pobre por su lado á dar sus tesoros de gracias y á procurar formarse en su misma pobreza una grandeza, una alegría, una felicidad real. El pobre sobre este Tabor cristiano, desde el seno mismo de su miseria, puede todavia decir como S. Pedro. *Bonum est nos hic esse.*

Ved, señores, los dos pensamientos que apoyándose el uno en el otro, vienen á formar como la cúspide de este gran edificio.

En nuestras edades de fé hubo una princesa ilustre, señores, á quien Dios habia hecho el don de la riqueza de la tierra y de las riquezas del cielo. En los dias de su esplendor esta muger no se considera feliz sino en abrir su alma, su corazon y su mano para derramar en el pobre su veneracion, su amor y sus sacrificios. Bajaba muchas veces la colina coronada por su castillo, iba á una pequeña ciudad edificada al pie de la colina, y allí con sus nobles manos, servia en los hospitales edificados por

sus liberalidades á los pobres á quienes llamaba sus hermanitos. Mas para esta muger debia llegar tambien el dia de la pobreza. Un dia se abrio la puerta de su castillo y se cerró detras de ella, y se vió á la hija de reyes descender tambien de esta colina; mas esta vez sin tener otra corte que la miseria y sus pequeños hijos asociados á su desgracia. Fué, señores, á llamar á todas las puertas que antes se habian abierto tantas veces para dejar entrar sus riquezas. Pero la tiranía la habia precedido, el terror y el egoismo habian cerrado las puertas, y mas todavia, el corazon de los hombres. La bienhechora de los pobres no encontró asilo. Uno solo encontró, un solo abrigo tan humilde que no puede ni aun nombrarse; y cuando se vió allí ella, la hija de los reyes, Isabel de Hungria, cuando se vió tan caída, ah! señores fué visitada por un recuerdo de Bellem é instantáneamente sintió su alma sumergida no en sus dolores sino en sus alegrías: y cuando oyó tocar la campana en un monasterio vecino, se levanta y dice á los religiosos: cantad el *Te Deum* para bendecir á Dios por mi supremo abandono: y mientras que los religiosos cantaban, cantaba tambien su corazon; y cantaba mejor que sus voces: Dios mio! ayer era todavia una gran duquesa; hoy no soy ya mas que una pobre mendicante y nadie me dá asilo. Señor, yo os doy las gracias! Escuchad el *Te Deum* de mi dichosa pobreza!

Señores, ese es el gran misterio. Si, como Isabel, sois ricos, abrid vuestra alma, vuestro corazon y vuestras manos para derramar en el pobre el respeto, el amor y los servicios; y si quedais pobres como Isabel, sabed tambien encontrar á la luz de Jesucristo felicidad bastante para dirigir á Dios el *Te Deum* de una dichosa pobreza,

(Se continuarán.)

ANUNCIO.

TOLEDO EN LA MANO.

DESCRIPCION HISTORICO-ARTISTICA

DE

LA CATEDRAL,

Y DEMAS CELEBRES MONUMENTOS DE ESTA FAMOSA CIUDAD, Y ESPLICACION DEL OFICIO Y MISA MUZARABE Y DE LAS CEREMONIAS ESPECIALES QUE SE PRACTICAN EN LAS FUNCIONES DE LA SANTA IGLESIA PRIMADA DE LAS ESPAÑAS, CON ALGUNAS NOTICIAS BIOGRAFICAS DE SUS PRELADOS.

POR DON SISTO RAMON PARRO.

Esta obra, la mas completa y minuciosa que hasta ahora se ha publicado sobre los monumentos toledanos, contiene curiosas noticias históricas de los mismos y de las demas preciosidades que encierra la antigua corte goda, y su exacta y detallada descripción, escrita á la vista de los propios objetos. Consta de dos tomos en 8.º de marca francesa, en buen papel é impresion: el primero que comprende cerca de 900 páginas, está destinado únicamente á la descripción de la Catedral y esplicacion de la misa muzarabe y ceremonias particulares de las funciones solemnes: y el segundo con poco menos volumen, dá razon igualmente circunstanciada de todos los demas monumentos públicos, asi religiosos como civiles, y de algunos de dominio particular, como tambien de las ruinas de antigüedades romanas, árabes, etc., no dejando nada que desear á la curiosidad de los viajeros.

Se vende en Toledo, á 40 rs. en rústica y 44 encuadernado á la holandesa, en las librerías de Fando, calle Ancha n.º 34, y de Hernandez, Cuatro Calles y calle Ancha n.º 96.

TOLEDO.

IMPRENTA DE SEVERIANO LOPEZ FANDO,

CALLE ANCHA NÚM. 34.